

FR. GERUNDIO.

Si quis dixerit in hac Fr. Gerundii patria non quedare multa in principio erat verbum.... anathema sit.

Si alguno dijere que en la patria Gerundiana no se quedan las mejores cosas *in principio* y en escomienzo, le sople un revés que le echo abajo una mejilla.

CONC. 5. GERUND.

LA OBRA ABANDONADA.

«¡Válgame Dios y lo que semos los españoles! Pa escomenzar una obra semos mas aventajáos que naide, pero pa rematarla dinguno es mas dejáo que nusotros.» Esta máxima de filosofía

rústica que mi Paternidad muy Reverenda oyó salir de los empolvados labios del tío Diego Perez, famoso profesor de albañilería de Campazas, que era el Seneca de paleta y azada del lugar, hizo reír á los que conmigo la oyeron: pero yo, que así recojo los apotegmas de los varones ilustres de Plutarco como los dichos sentenciosos de un peon de albañil, porque todo me viene bien, no eché la máxima en capilla rota. Así es que cuando la excelsa CRISTINA dijo en la apertura de las cortes del año 54: «El estatuto real ha echado ya el cimiento: á vosotros corresponde, ilustres próceres y señores procuradores del reino, concurrir á que se levante la obra con aquella regularidad y concierto que son prendas de estabilidad y firmeza;» al instante me acordé del dicho del tío Diego Perez, y dije para mí: «si, no te dé cuidado, que *pa escomenzar una obra semos los españoles mas aventajâos que naide, pero pa rematarla ninguno es mas dejâo que nosotros.*»

He visto despues ensartarse creaciones de juntas, como truchas en miembro de pescador, proyectos de ley, de códigos de comercio, de reglamentos de administracion de justicia, de planes de estudio, de arreglo del clero, de cárceles y presidios, y en todo he hallado confirmada la sentencia del tío Diego Perez de Campazas: *pa escomenzar obras mas aventajâos que naide, pero pa rematarlas mas dejâos que ninguno.*

Pero cuando me ha asaltado, á mi Fr. Geruñ-

dió; con más viveza el recuerdo de la máxima del tío Diego Perez ha sido dias pasados con motivo de haber ido mi Réverendisima persona en uso de mis omnimodas facultades gerundianas á inspeccionar la grande obra española de este siglo, el gran TEATRO DE ORIENTE de Madrid.

En la plazuela de este nombre, frente y á pocos pasos del Palacio Real, se levanta un suntuoso edificio, cuya fama es al revés de la de la mayor parte de los hombres célebres, que estos por fuera y desde lejos suelen parecer muy grandes, y de cerca y fondeándolos se les encuentra muy pequeños, y aquel por fuera parece mucho y mirándole por dentro es mucho mas de lo que parece. Yo que aunque miembro indigno de la iglesia soy también al revés de ella, pues la iglesia dicen que no juzga de las cosas internas, y yo soy muerto por registrar interioridades para poderlas juzgar, interné mi respetabilísima humanidad en aquel vasto edificio, donde tantos millones hay enterrados, donde tantos otros millones se ven en piedras y maderas convertidos. Revisé el gran salon de máscaras, productivo de cinco mil duros cada noche de baile; volví á ver las docenas de arañas que en aquellas noches le iluminan; ahora apagadas como el espíritu público cansado de ver farsas; sus diez y seis espejos, que tuvieron mil duros de coste cada uno, y que ahora se hallaban cubiertos de polvo; en uno de ellos escribí con él dedo la máxima del tío Diego Perez, y pasé á

recorrer los demás salones. Los que habían servido para el ambigú, aquellos interminables salones donde había hacinado la especulación en las noches de carnaval todo lo que halló de mas propósito para satisfacer la gula de los mas glotones ó los caprichos de los mas antojadizos paladares, estaban como refectorios de conventos suprimidos; pero en el suelo y paredes se conservaban los mancharrones del plato que derramó su pingue al tropezar en un dominó; la botella que hizo cascós un calabera vestido de turco ó un sultan dominado por una media turca, ó bien la copa vertida al pasar por el estrecho espacio que dejaban dos aunchas beatas; allí habían quedado en los lindillos como las manchas que dejan en el alma los pecados, como los achaques por donde se conocen algunos viejos su mala vida pasada, ó como los rastros y reliquias que han dejado tras de sí los desórdenes de nuestros ministerios; ministerios de domingo gordo, que hicieron ambigú de los intereses de los pueblos, y despues de haberse ellos llenado, solo nos han dejado los rastros de su apetito desordenado, y las manchas asquerosas de lo que derracharon malamente.

Recorri los demás salones de baile del piso alto y bajo, las salas de juego, el gabinete de lectura, los tocadores de señoras y caballeros, los departamentos destinados á Sus Magestades, las habitaciones de vestuario, las cocinas y retretes, las tribunas y galerías, dividido todo entre sí

por paredes de tres varas de espesor: fortaleza admirable, donde si se encerráran los facciosos, y fuera necesario que alguno de nuestros generales se encargárá de tomarla, se llevaria dos años acopiando víveres y municiones, sacaria el quilo á la nacion para rellenar los almacenes, y cuando llegára el caso deseado de mover las masas y acercar la artillería de batir, la retiraría dejándola por inexpugnable, y nos quedaríamos todos colgados de las agallas sin sangre y sin esperanzas.

Todos estos suntuosos departamentos se hallan háce años concluidos, pintados y corrientes; y en disposicion de prestar muy útiles servicios; pero hoy están abandonados y sin que á nadie sirvan de provecho y utilidad. Son un ejército de reserva, que despues de estar organizado y equipado, parece que solo se ha tratado de inutilizarle; que en España lo que no corta el brazo férreo de la rivalidad lo inutiliza la mano tísica de la inercia. Las vidrieras están como los 300 prisioneros que Cabrera nos acaba de cangear en Aragon, hechas esqueletos, reducidas al puro armazon de las latas y plomos, y cubiertas con retazos de esteras y felpos para preservarse de los rigores de la intemperie. Los cristales desaparecieron como los de las casas de los liberales el año 25, y como desaparecerán los de las que tienen sobre ojo los bullangeros de Málaga, si las autoridades no saben frustrar la intentona que aconsejan los posquines que aparecieron el día 1º del actual. Allí

estaría en sus glorias el bullicioso Juan criado del famoso comerciante de Copenhague, Berton Burkenstaf, que tanto clama en *el Arte de conspirar* por pronunciamientos de calle por gozar el placer de ver caer rotos los cristales á pedradas. Si otra vez se lo vuelvo á oír, le diré que se vaya al teatro de Oriente, y tendrá el gusto de ver caer en pocos días los que quedan.

El techo de la habitacion destinada á S. M. está amenazando desplomarse por efecto de las goteras que le han invadido por tres puntos, como la faccion de Cabrera á la provincia de Guadaluajara. Si S. M. no se da mas priesa á mandar retejar estas provincias que se da para el teatro de Oriente, no será extraño que algun dia se filtren por su habitacion tres facciones en lugar de tres goteras.

Por entre pared y pared se van abriendo unas grietas que si las hubiera así en la cárcel del Saladero, no hubieran tenido necesidad los cuatro presos que de ella se escaparon el otro dia de saltar por las ventanuas ni de sobornar acaso á alguno de los dependientes. Ellas me recordaron la copla que he oido cantar á las maragatas en la catedral de Astorga en las rogativas que suelen hacer á la Virgen del Castro para pedirle agua en los años de sequía.

Virgen, la del Castro,
ciérranos las grietas,

que con la secura
tenémoslas abiertas.

Aludiendo por supuesto á las grietas que abre en la tierra el excesivo calor, cuando se pasa mucho tiempo sin llover.

De las paredes se van descascarando y cayendo trozos de yeso, como se caen los pedazos de paño de las casacas viejas de los retirados, y como se caían antes de llegar á Aranjuez las herraduras de los ciento diez caballos que dieron al Sr. Quiroga dias pasados para que hostilizase la facción de Polo. Al fin las caballos se herraron á escote, ya que el gobierno no habia dado un cuarto ni para herrar ni para comer, pero las paredes de Oriente y las casacas de los retirados ni aun ese recurso tienen para ser remendadas.

En seguida pasé á ver la parte del edificio destinada á Coliseo. Con sobrada razon dicen que si este coliseo se concluyera sería el mayor y mas magnífico de Europa, y acaso del mundo. Vi con admiracion aquel suntuoso y gigantesco escenario, aquellos bosques de madera labrada y ya preparada para el juego de los bastidores y maquinaria, aquel soberbio y atrevido armazon de la techumbre, aquellos pozos ó depósitos de agua dispuestos para tener en lo alto del edificio en las noches de representacion dos recipientes con catorce mil arrobas de agua cada uno para ocurrir á un incendio; aquellos setenta y tantos grandes y des-

ahogados paleos, aquellos tránsitos anchurosos, aquellas tres nuevas piezas de descanso para los Reyes; vi las cornisas hechas y con la preparacion de pintura para dorarlas; las delanteras y columnitas de division de los paleos hechas y doradas tambien; los sillones de las lunetas igualmente..... y despues de todas estos grandiosos preparativos, despues de tan inmensos gastos y tan adelantada tan suntuosa obra.... ¡la platea todavia por cubrir, recibiendo las aguas y los soles, abandonado toda hace dos años, y entregado á la mano destructora de la intemperie! ¡Oh tío Diego Perez de mi vida! ¡Oh Séneca de Campazos! ¡Oh Salomon de la albañilería de Castilla la Vieja! La diosa de la verdad y el numen de la sabiduria debieron estar sentados en tus labios quando dijiste: *«pa escomenzar obras semos los españoles mas aventajáos que naide, pero pa rematarlas ninguno mas dejáa que nusotros!!!»*

Espuesto todo aquel maderage al azote de las aguas, á los embates de los vientos y á la influencia de los abrasadores rayos del sol, me representaba nuestros tribunales de justicia abandonados al rigor de la miseria, á los ataques del soborno y á la influencia de las pasiones ó del poder. Las vigas mas gruesas, los maderos mas robustos se van ó doblando ó corrompiendo; todos van adquiriendo vicio: y se estrañará que la vara de la justicia, abandonada como aquellas vigas y menos robusta que ellas; se querrá que los ma-

gistrados y jueces, tratados como los maderos de oriente y menos impasibles que ellos, ni se doblen ni se corrompan! ¡Se les tiene entregados al rigor del hambre, y se querrá que no se vicien!

Al fin los magistrados, como aunque son tratados como maderos, pueden escribir y hablar, han representado á S. M. diciendo que si se continúa teniéndoles en tal abandono, pronto se presenciará el escándalo de ver cerrados los tribunales: por los maderos de Oriente, como que no pueden hablar, represento por ellos, yo Fr. Gerundio, que si se continúa teniéndolos en el mismo abandono, pronto se presenciará el escándalo de ver venir al suelo el edificio. Regularmente ni á unos ni á otros nos oirá el gobierno, y la justicia y el teatro caerán por el pie cancerados por el abandono despues de tantos proyectos de reglamento para la administracion de aquella y despues de tan incalculables gastos para la ejecucion de este. ¡Ah tío Diego Perez de mis entrañas! ¡Y qué verdad tan sublime salió de tus albañilenses labios!

Procedió mi Paternidad á averiguar el coste que tendria cubrir al menos la platea para poner el edificio á salvo y proveer á la conservacion si quiera de lo que está ya hecho, y supo por personas inteligentes que ascenderia á unos diez mil duros cuando mas. Indagó en seguida si la paralización de la obra consistiría en la falta de recursos para ello, y supo por buenos originales..... ¡escan-

dalicese vd., tío Diego Perez! ¡asombráos todos, hermanos míos! averigué yo Fr. Gerundio, que se están recaudando hace años procedentes de arbitrios consignados esclusivamente á la conclusion de la obra de Oriente mas de siete millones anuales, mas de mil duros diarios, que entran en tesorería, sin que de ellos hace dos años se haya destinado un maravedí ni á la continuacion ni á la conservacion de la obra, ni un ochavo siquiera al conserje del edificio, que si ha de barrerle alguna vez, tiene que hacerlo con escoba gratuita y puramente patriótica (1). ¿En qué os invierten, milloncitos de mi vida? ¿A dónde vais á parar, ochavitos de mi alma? ¿En qué cuentas figurareis, dobloncitos de mi corazón? Dirán que os destinan á las atenciones de la guerra: ¡oh especioso comodín de nuestros días, y cuánto á tu sombra se encubrirá! Pero dado caso que así fuese (que ojalá fuese así) ¿por qué, ya que los fondos se distraigan de su objeto, no se destinan siquiera los necesarios para cubrir la platéa, los indispensables para que no se venga abajo el edificio? Con el producto de solos veinte dias habia para preservar de la ruina la obra de muchos millones, y aun quedaban otros muchos millones

(1) Los impuestos, sus cantidades, y artículos sobre que gravitan los designaré en detall si fuese menester. No se crea por ahí que mi Reverencia calcula á ojo de buen cubero.

producidos por los arbitrios de ella misma para los usos que los manipulantes de ellos tengan á bien. Pero ni aun esto se hace, y la obra en que se han invertido tantos millones caerá y se desmoronará por no gastar en ella la quinta ó sesta parte de lo que anualmente rinden los arbitrios para ella destinados. Aquí de la máxima del tío Diego Perez.

Derramada está por la plazuela la hermosa piedra de silberia destinada para la fachada principal, y labrada ya y en disposicion de ser colocada desde luego; argumentos mudos que nos estan echando en cara nuestra desidia, canonizando la máxima del tío Diego Perez.

¿Y por qué (dice ahora mi Paternidad), por qué, ya que el coliseo no esté concluido, y no ocupen sus innumerables habitaciones las familias de los cómicos, como supongo seria su objeto, ¿por qué, ya que hay piezas y local decente de sobra, no habian de colocarse allí todas las oficinas de los ministerios que al propio tiempo que ahorrarán alquileres al estado, sería útil su estancia para la conservacion de ella? En ninguna parte mejor que cerca del Palacio Real, y junto á un coliseo, puesto que farsa es lo que en las Secretarias del Despacho se representa, y unos actores dramáticos vienen á ser los ministros. Si tal se hiciera, yo solo pediria que sobre el dintel de la puerta de cada secretaria se inscribiese con letras de oro la sentencia del tío Diego Perez de

Campazas: *«Válgame Dios y lo que semos los españoles! Pa escomenzar obras mas aventajáos que naide, pero pa rematarlas ninguna mas dejáo que nusotros.»*

EL DIORAMA Y LOS COLUMPIOS.

Tirabeque?—Señor?—Arréglate, y disparte á salir conmigo, que vamos á ver el Diorama.—¿Y quién es el Diorama, señor? Es algun animal, ó es algun forastero?—Animal doméstico si que eres tu algunas veces, y mas indomable que si fueras del campo.—¿Gasta acaso entorchados ese Diorama, señor?—Hombre, hay dias que no te se puede sufrir: ¿á qué santo traes ahora aqui los entorchados?—Señor, como no sé quién es el Diorama, se me ocurrió si sería alguno de esos tres generales que dicen los han dado el otro dia los entorchados. Trata vd. con tantas gentes de esas gordas que yo no conozco..... No; si vd. es amigo de alguno de ellos no digo nada; pero sinó.....—Y bien ¿qué habias de decir? ¿El Sr. Ferraz no los merece bien por los

importantes servicios que ha prestado con la rápida organizacion de tantos y tantos escuadrones de caballería?—Ese si señor, pero los otros... ¿ó estuvieron acaso en la conquista de *la cueva*? —¿Qué cueva, ni qué conquista? Las fajas y entorchados así se pueden ganar por conquistas de cuevas como por conquistas de covachuelas. Y dejemos esa conversacion, que no viene ahora al caso.—Pues dígame vd. qué clase de sugeto es el señor Diorama, ó si le he de dar usía ó escelencia, que despues si no le doy el tratamiento que le corresponda, la culpa me la ha de echar vd. á mí: pero le daré usía, sea quien quiera, que en esto poco se pierde.

Es que estás disparatado hoy, Pelegrin. Vaya, te diré lo que es el Diorama, porque síó nunca acabas de ensartar sandeces. El Diorama es ese famoso establecimiento que hay en la Plateria de Martínez, donde verás templos, coros, pantrones y otras cosas en perspectiva que te asombrarán.— Señor, vd. todo lo corre; vd. lo mismo hace á teatros que á iglesias, que...—Amigo, en esa parte tengo que ser como tu tocayo el abáte Pelegrin, religioso servita francés, que como yo, así vivia de la misa como de los teatros, por cuya razon le aplicó un poeta satirico aquellos versos tan conocidos:

Le matin catholique, et le soir idolatre,
il dine de l' autel, et soupe du theatre.

Si quieres que te lo traduzca del francés para que lo entiendas...—No señor, me parece que ya lo entendido: eso querrá decir:

El matar á un católico es ser un idólatra:

Indigna del altar es la sopa del teatro.

—Indigno eres tu de la sopa que comes, digo yo, que á traducir te puedes ir á los infiernos. Y despáchate, y vamos al instante.—Cuando vd. guste, señor.

Salimos; y apenas supo nuestra llegada al establecimiento su dueño el Sr. Cabrero, cuando con su fina y característica obsequiosidad nos salió al encuentro y se espontaneó á ser nuestro Mentor. Sorprendióse Tirabeque desde el primer cuadro al encontrarse con una comunidad entera de capuchinos haciendo su oracion en el coro. «¿Que es esto, señor? ¿dónde estamos?—¿Dónde hemos de estar? En el Diorama.—¿Pero estamos en España?—Y cerca de nuestra celda, como has visto.—Y no tubo Mendizabal noticia de esta comunidad, ó qué privilegio tienen estos frailes que no los suprimieron como á los demas? —Calla, tonta, si este es el *Coro de capuchinos de Roma*.—Toma, pues no traen mal viaje los capuchinos de Roma: á buena parte vienen. ¿Si pensarán que en España se atan los perras con longanizas? Con que nos están debiendo á nosotros tres años, siendo de aquí, y ahora pensarán estos tontos que por venir de Roma les han de pagar á ellos por sus barbas bonitas. Que se vuelvan que

se vuelvan allá, y no sean tontos, que por mal que lo pasen, mejor les ha de ir allí que aquí. ¡Y que devotos están! Si creerán que por venir haciendo de los gazmoños les han de atender mas? Nada, nada, decirles que se presenten al Sr. Alaix, verá vd. en que santi-amen les echa un bufido que no paran hasta Roma.»

Reímonos de la fascinacion de Tirabeque, no menos que de su original discurso, y nos costó no poco trabajo convencerle de que aquello no era sino un liezo pintado, que por medio de la artificiosa preparacion de la luz y su oportuna graduacion hacia aparecer los objetos tan al natural como si fuesen reales y efectivos. Y mucho menos podia persuadirse á que no fuesen de bulto: tal es el admirable efecto, tal la ilusion que hace aquel cuadro singular, nunca bastantemente elogiada, y de cuyo mérito solo viéndole se puede juzgar.

Llevámosle en seguida á ver el que representa *el monasterio del Escorial*.—Señores, dijo Tirabeque así que le vió; aquí hay magia; aquí tan pronto está uno en Roma como en el puerto de Guadarrama, que este convento le vi yo allí el año pasado sobre la derecha desde el *Moino* cuando veníamos á Madrid.—Ola ola! decia el Señor Cabrero; parece que su lego de vd. posee algunos conocimientos arquitectónicos, ó que á lo menos tiene la memoria de los lugares, ó sea el órgano de la locatividad.—El de la locura, le res-

pondi yo, es el que tiene mas pronunciado. Si vd. le conociera bien...! En efecto, le dije á Tirabeque, es el mismo que vimos á la falda del Guadarrama, pero no estamos nosotros allí, sino que está él aquí en Madrid.—Eso no puede ser, señor: ¿cómo ni en qué máquina han podido traer aquí un edificio tan grande sin deshacerle?

Otra vez nos costó trabajo hacerle entender que era pintura. Admira esa grande obra, hombre, le dije, llamada la *Octava maravilla del mundo*.—Y mucho que la admiro, señor; es el mejor convento que he visto.—Pues sábase que uno de los que trabajaron en él como arquitecto y como pintor fue un tocayo tuyo.—Señor, por lo visto he tenido yo tocayos de mucho provecho, y vd. sabe todas sus historias.—Pues si vieras qué curiosa es la de este Pelegrin Tibaldi, ó Pelegrin de Bolognia! Fue hombre que se vió tan desesperado de su suerte no encontrando medios de qué subsistir, que un día se salió al campo y calocado detras de una zarza, resolvió dejarse morir allí de hambre. Puseábase por allí casualmente el papa Gregorio XIII, el cual oyendo los quejidos de una voz defallecida se acercó á la zarza, encontró á tu tocayo lamentándose de su suerte, le consoló, le llevó consigo á su palacio, le empleó en él, y se hizo un artista sobresaliente; como que después le llamó nuestro Felipe II para trabajar en el palacio del Escorial, y le dió tanto gusto que le honró con el título de marqués, y le gratifi-

có nada menos que con cien mil escudos.—Por fuerza debió ser un rey muy fachendoso ese Felipe II, señor. Pero no tendré yo en toda mi vida la suerte que mi tocayo: á mi no hay quien me dé no diga cien mil escudos, sino ni cien mil maravedises.—Todo podrá ser, hombre, porque ¿quién sabe lo que puedes tu valer todavía? Yo estaba porque imitases á tu tocayo, esto es, que hicieses un ensayo de dejarte morir de hambre detras de una zarza á ver si te se aparecía por allí un papa ó un rey que te llevara á su palacio.—Lo que se aparecía seria algun lobo que á cuenta de mi hambre saciara la suya; no señor; no estoy por la conducta de mi tocayo en esa parte.

Vimos en seguida *la iglesia de Atocha, el Panteon de los Reyes del Escorial, la capilla de Belen con las vistas de la tierra Santa*, todo precioso: y por último la gran pieza de mérito del Diorama, el magnífico cuadro de *la iglesia del mismo monasterio del Escorial*, tan al vivo, tan al natural representada en todos sus terminos y proporciones, que Tirabeque luego que entró se quitó el sombrero, se arrodilló, se persignó, y le oimos decir por lo bajo: *un padre nuestro y un ave-maria por lo de Ramales*. Mucho mas creció su ilusión cuando oyó tocar el órgano y entonar unos versiculos de vísperas. Escusado era empeñarse en persuadirle que tambien aquello era pintura. No habia medio de hacerle creer que

aquellos arcos, aquellas cornisas, aquellos ángulos salientes, aquel fascistol y aquella sillería y todo aquello no fuese de bulto: que no hubiera cincuenta pasos de distancia del coro al presbiterio, que por aquellos arcos no se pudiese salir realmente al claustro y á la sacristia, y que no fuese verdadero polvo lo que en las paredes se veía. ¡Prodigioso efecto de la perspectiva, que ha hecho ilusión, no digo á un simple lego, sino á muchas personas de algun-mundo que han pensado que se hallaban en un verdadero templo! Esta magnífica pieza honra no solo al artista que la ejecutó, sino también y no poco al delicado gusto del señor Cabrero, que ha sabido no perdonar gastos de ninguna clase para exornar la capital de España con un establecimiento de que carecía, que escede ya á los mejores del extranjero, y que nadie que venga á Madrid debe dejar de ver. Cuando Tirabeque parecia irse convenciendo de que aquello era un lienzo, salió con el exabrupto de preguntar á mi amigo: «Diga vd. caballero; pagarán vds. bien las misas que se digan aquí.» Hízonos la simpleza soltar una carejada á duo, y salimos de allí.

El señor Cabreto nos hizo el obsequio de conducirnos despues á su hermoso y pintoresco jardín en donde nos encontramos con varios hermanitas que á Tirabeque se conoció le gustaban mas que el Diorama, y que á su amo le parecieron tambien mejor que los capuchinos del coro que

tanto habia admirado. De entre los muchos juegos del jardin se escojó para pasar el rato el de los columpios, y de entre los diferentes columpios el de las cuatro sillas, que colocadas frente unas de otras sobre una base arqueada y pendientes de varas de hierro van dando vueltas de alto á bajo al rededor de un eje. Eran una especie de poltronas parecidas á las de los secretarios del despacho. Colocáronse en dos de ellas otras tantas hermanas, empeñándose en que las otras dos las ocupáramos Tirabeque y yo, destinando para mi Reverendísima persona la silla en que algunas veces se ha columpiado una persona augusta. «Tirabeque, agárrate bien, no te caigas que vas á subir mucho,» le decía yo.—Pierda vd. cuidado, señor, que me agarraré como un ministro para no caer de golpe.»

Dióse principio al movimiento péndulo y oscilatorio, y cuando subia Tirabeque, le decía; ¿qué tal, Pelegín?—Un poco me desvanezco, señor.—No te dé cuidado, que eso es al principio no mas. En efecto á la tercera vez volvi á preguntarle. «¿qué tal, Tirabeque?—Perfectamente, señor: ya no me desvanezco; me voy hallando bien en la poltrona: solo que me gusta mas subir que bajar.—Eso es cosa natural, hombre: lo mismo sucede á todos. Y cuando estás en lo mas alto, ¿no alcanzas á ver algo?—Si señor; se me figura que alcanzo á ver allá á lo lejos la faccion de Cabrera hácia Guadalajara caminando hácia

acá.—Hombre, mucho ver es ese.—Ahora se han parado á comer el rancho. Lo que no veo son las medidas, señor.—¿Qué medidas? Las del vino? Esas serán muy pequeñas para que puedan verse desde aquí.—No señor, ando mirando á ver si veo las medidas del gobierno, y no veo ninguna.

Paró en esto el columpio; fuimos bajando, y Tirabeque se conocia que sentia ya dejar la poltrona. Los demas obsequios que nos dispensó el señor Cabrero fueron ya secretos reservados de gabinete, que no pueden revelarse al público.
